

Álvaro Mutis en México

Edgar Esquivel

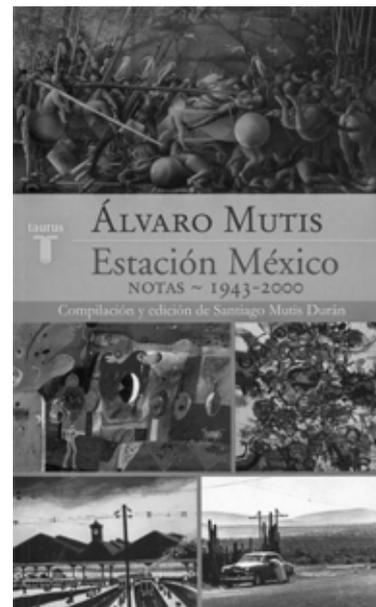
Para Carolina Romo

Santiago Mutis Durán, poeta y ensayista, compiló 71 notas escritas por su padre, el mítico escritor colombiano Álvaro Mutis, en un libro que da cuenta del vínculo que tuvo el creador de *Reseña de los hospitales de Ultramar* con su segunda patria. Los pasajeros que confluyen en el libro *Estación México* marcaron las afinidades y afectos de Mutis en tierra mexicana; hay entre ellos pintores, músicos, poetas, fotógrafos, narradores, arquitectos, ensayistas; tanto extranjeros como mexicanos: Fernando Botero, Adolfo Westphalen, Luis Cardoza y Aragón, María Luisa Elío, Antonio España, Frederic Amat, Jomí García Ascot, Antonio Montaña, Antonio Souza, Gabriel García Márquez, Francisco Cervantes, Andrés Henestrosa, Octavio Paz, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Jaime García Terrés, José Luis Martínez. Los textos reunidos en *Estación México* se publicaron entre 1943 y 2000; todos los nombres y contextos reunidos fueron, junto a Mutis, los artistas y protagonistas de una época que para bien o para mal se ha diluido.

Álvaro Mutis (1923-2013) radicó por casi sesenta años en México. Llegó al Distrito Federal procedente de Bogotá a la edad de 33 años, en octubre de 1956. Los motivos del traslado forman parte de su leyenda como escritor: una demanda en Colombia por parte de la compañía para la que trabajaba, la petrolera Esso, causada por un manejo *inusual* de recursos, es decir, él dispuso de dinero ajeno para subvencionar *algunas quijotadas culturales*. Pudo haber partido a Francia o Bélgica, donde vivió parte de su infancia; conocía el idioma y la cultura, pero del vasto mundo que conoció como pocos —era un viajero contumaz—, se decantó por la nación de Rulfo y Paz, un lugar donde se sentía

seguro porque todo se podía negociar —y de paso no existía la Esso, se había expulsado a las compañías petroleras extranjeras desde 1938—; Mutis estaba seguro de que podía encontrar en México mejores alternativas de trabajo y mayor tiempo para escribir.

Después de arribar al aeropuerto internacional del D. F., se trasladó al hotel Gillow, ubicado en la calle Isabel la Católica, en pleno Centro de la ciudad. Trajo consigo seis mil dólares, dos cartas de recomendación (para Luis Buñuel y el productor Luis de Llano) y, además, la intensidad del trópico —la tierra caliente colombiana era su idea del Paraíso—, el aroma de los cafetales, la *hoja ceremonial del banano*, el recuerdo de su infancia en Europa y hasta la soledad provocada por la temprana muerte de su padre. Ya en el hotel pidió un cuarto, sin saber qué iba a ser de él, ni qué iba a hacer al día siguiente; pero al cabo se enteró de que se inauguraría una exposición de Diego Rivera en el Palacio de Bellas Artes y decidió acudir, pues el célebre pintor solía convocar a buena parte de la comunidad artística, y Mutis estaba seguro de encontrar a alguien que lo pudiera ayudar a establecerse en el país. En efecto, se topó con el pintor colombiano Fernando Botero y su primera esposa, Gloria Zea, quienes le dieron alojamiento en su casa —tal vez dos meses—; pronto el hogar de los Botero se convirtió en la sede de unas reuniones de antología a las que acudían exiliados y mexicanos, impregnadas invariablemente del humor y encanto de Mutis —sus lecturas de Joseph Conrad marcaban la pauta de las conversaciones—, quien no parecía un recién llegado, al contrario, se mostraba desenvuelto y confiado, como si hubiera compartido



vidas enteras con aquellas personas que apenas le abrían la puerta —*a los tres días mis interlocutores me invitaban a ser parte de su vida, querían compartirla conmigo*—; quizá por ello no tardó en conseguir trabajo en el negocio de la publicidad (gracias a Luis de Llano), ni ser contratado después por la productora de cine de Manuel Barbachano Ponce. Sin embargo, aunque Mutis nunca se sintió ajeno o extraño en México, los primeros meses que transcurrieron desde su llegada al país fueron en realidad un interludio, la antesala que lo redefinió como creador, ya que la demanda de la Esso surtió efecto y fue ingresado en 1958 en el viejo penal de Lecumberri (el Palacio Negro).

Álvaro Mutis estuvo preso aproximadamente 15 meses —salió en diciembre de 1959— y esa experiencia simboliza un antes y un después en su vida y carrera literaria (el entrañable *Maqroll el Gaviro* nació como personaje de novela en la cárcel). Lecumberri no limitó su ánimo fabulador —errante— ni alimentó su desarraigo, pero sí afianzó en él la convicción de que *la inutilidad del hacer humano* es la premisa para concebir el mundo como una conjura trashumante (*Sólo una palabra. / Una palabra y se inicia la danza / de una fértil miseria*).

En México escribió la gran mayoría de su obra, aquí la vida le alcanzó para no olvidar su *rincón de la tierra caliente en el Tolima* y ser paciente: *Que te acoja la muerte / con todos tus sueños intactos*. **U**